

SECCION SEGUNDA.

DE LOS ENVIADOS Y SU MISION.

No basta probar que los libros del Antiguo y Nuevo Testamento son verdaderos en todas sus partes; es preciso demostrar que son divinos: porque las amplias materias que estos libros contienen, son de una gerarquía superior á las investigaciones humanas, y lejos de contentarse con los tributos del convencimiento, exigen por su propia naturaleza el omnímodo vasallaje de la razon á la fe. Puede la filosofía pelear cuanto pueda por las convicciones; pero solo Dios es dueño de encadenar con su palabra la creencia del género humano. Para convencernos, basta que se nos ilustre por la razon; para creer, es de todo punto preciso que se nos hable á nombre de la Divinidad. He aquí lo que ha sucedido precisamente con esos personajes diversos que figuran principalmente en la historia santa. Todos ellos han venido á la tierra con un carácter singular y privilegiado, y con un cierto predominio sobre las creencias, el cual no podia ser derivado ni del talento ni del poder de los hombres: han producido grandes é importantes revoluciones en el mundo; pero sin atribuirse á sí mismos ni el pensamiento ni la accion; es decir, han hablado y obrado, pero á nombre de la Divinidad. Un principio idéntico determina el carácter de sus pensamientos, de sus escritos y de sus funciones; y no puede probarse, en consecuencia, la divinidad de su mision, sin que lo quede por este solo hecho la inspiracion celestial de sus libros. Conformes con estas ideas, vamos á hablar de la mision de Moises y los profetas, de Jesucristo y los apóstoles, y por tanto, á presentar los libros santos en su mas alta gerarquía, para exigir sobre su texto, no solamente los respetos que pide el mérito puramente humano de sus autores, no solamente la conviccion que toca por derecho á la verdad, no solamente la confianza que corresponde á una tradicion antigua, pero inalterable en el curso de los siglos, sino lo que es mas todavía, el universal y omnímodo vasallaje que la voluntad y el entendimiento deben incuestionablemente á unas páginas venerables, selladas por la mano del mismo Dios. Mas para proceder metódicamente en esta investigacion, hablaremos primero de Moises y los profetas, y despues, de Jesucristo y los apóstoles.

CAPITULO I.

DE MOISES Y LOS PROFETAS.

Siguiendo la idea que apuntamos desde los preliminares de esta disertacion, al hablar de los argumentos con que se prueba la mision divina de un personaje, procuraremos ceñir á tres puntos el sistema de nuestras pruebas, y son: la vida del personaje, la excelencia de su doctrina, y una cierta emanacion de poder sobrenatural que se mira resplandecer en alguna ó muchas de sus obras. El primero de estos personajes es Moises, legislador del pueblo judío y autor del Pentateuco. Su primera mision fué cerca de Faraon, para que libertase al pueblo escogido. Desde entónces manifestó Moises aquella resistencia que es natural cuando se trata de ciertas empresas que traspasan con mucho los límites de la posibilidad personal de los hombres. Se trataba de obligar al rei de Egipto á dejar salir de su reino á los israelitas prisioneros. ¡Empresa colosal! ¡Con qué recursos acometerla! El pueblo estaba cautivo; el caudillo era un solo hombre, y un solo hombre no podia en manera alguna contrarrestar el soberbio dominio de un monarca fuerte y opulento. Estas ideas gravitan con la mayor fuerza sobre el alma de Moises, y al irresistible peso de su conviccion, no puede ménos que mostrar la imposibilidad del hecho al mensajero celestial que habia venido á intimarle su legacion divina. Entónces le presenta este una vara, que convertida desde luego en serpiente, y recobrando á poco su antigua forma, viene á ser á un mismo tiempo el instrumento y la contraseña de que por solo el hecho de ser nombrado por Dios, recibia de él mismo, en la parte necesaria para su empresa, la comunicacion de ese poder sobrenatural que rige los mundos y sacude como la paja leve los ejércitos y los tronos. Era necesario sin duda poseer una prudencia consumada, una política triunfante y una elocuencia irresistible, así para presentarse á desempeñar la legacion mas comprometida en un pueblo que entónces era la cuna y el emporio de la filosofía, y ante una corte bañada por donde quiera con el esplendor de las ciencias y de las artes, como para conducir al pueblo libertado, sostener su fidelidad entre las rudas tribulaciones del desierto, y prepararle á la plenitud política de un Estado que habia de formar él despues de la publicacion de la lei. Abrumado Moises con el sentimiento de su ineptitud, lo hizo presente al Señor; mas entónces Dios le dijo: “¡Quién ha hecho la

boca del hombre, y quién ha formado al sordo y al mudo? ¿Quién ha dado vista al que ve, y quién ha privado de ella al que no ve? ¿No soi yo?" Moises insiste; y el Señor entonces, asociándole á Aaron, le dijo: "Háblale é instrúele de lo que te he dicho: yo estaré en tu boca y en la suya."¹ He aquí una promesa infalible que dará él mismo carácter á los discursos del caudillo. Ya desde entonces los pensamientos y las acciones de Moises estarán cubiertos con la égida de la sancion divina; ó lo que es lo mismo, tendrán los caracteres infalibles de una mision celestial. Todo corresponde á esta idea; acciones sobrenaturales, conducta irreprochable y escritos eminentes.

§. I.

Acciones sobrenaturales de Moises.

Intimó este al rei de Egipto las órdenes de Dios; pero no habiendo cedido el monarca, se vió precisado Moises á desenvolver el poder sobrenatural que llevaba consigo. Sirvióse de su vara, y al simple impulso de su voluntad, se fueron produciendo sucesivamente las célebres plagas de Egipto, que no fueron sino una serie inaudita de tremendas calamidades, que asolaron el pais, y derramaron por todas partes el dolor y la muerte. El Nilo convertido en sangre, los insectos acosando hasta el último individuo, la peste destruyendo á los hombres y á los animales, las úlceras carcomiendo hasta los huesos y radicando el dolor en todas las partes del cuerpo; el granizo, los truenos, el fuego del cielo arrebatando las esperanzas de los agricultores y sorprendiendo la ciencia de los astrónomos; las langostas talando los campos, esterilizando las mieses y arrastrando al sepulcro á los hombres consumidos del hambre; las mas espesas tinieblas arrebatando el aspecto de aquellas hermosas comarcas; los primogénitos, en fin, muriendo en la mitad de la noche: he aquí una cadena no interrumpida de portentosas calamidades que asentaron en aquella opulenta nacion, al solo impulso de la voluntad de Moises, la consternacion, el dolor y la muerte.

Pero no pararon aquí los prodigios, pues que, si habian de realizarse unos para hacer sentir á un monarca obstinado el peso de la Omnipotencia ofendida, tambien se habian de producir otros, para mostrar á los israelitas cómo formaban ellos un pueblo amado, tierno objeto de la predileccion de su Dios.

¹ *Cálmel.* Hist. del Antig. y Nuev. Testamento, lib. 2.º. cap. 2.º

Nada importa que Faraon persista: hablará el Señor por la boca de Moises, y los hebreos saldrán de su cautiverio antiguo, para ir á tomar posesion de la tierra prometida. Todo sucedió así: una inmensa capa de niebla protegió la fuga del pueblo oprimido, derramando la luz delante de sus ojos durante la noche, y cobijándoles durante el dia con su benigna sombra, para libertarles de los rayos de un sol abrasador. Vano fué que Faraon y sus caudillos formasen un ejército de persecucion, cuyo solo aspecto hiciese temblar á los israelitas. Acércase Moises á las márgenes del mar Bermejo; tiende su milagrosa vara, ábrense las ondas, y pasa el pueblo fugitivo; mientras animándose á la vista de este portentoso el arrojé de los perseguidores, se entran por este mismo sendero, para quedar mui pronto sumergidos en los abismos, y entregados todos á la muerte. Los israelitas llegan al desierto, donde un maná que baja diariamente del cielo, les suministra por el espacio de cuarenta años el alimento y la vida. Finalmente, habiendo salido del desierto, y situados al pié del monte Sinaí, donde permanecieron por el espacio de un año, fueron testigos oculares de los mayores portentos con que Dios quiso consagrar la mision de Moises, al elegirle para que anunciase á su pueblo la alianza que con él intentaba renovar, y promulgase la lei que dictó al caudillo desde la cumbre de la montaña.

Baste lo expuesto; pues en materia de milagros, no es la multitud, sino el carácter sobrenatural de cada uno de ellos, lo que señala su origen y comprueba la mision celestial á que se aplican. Mas lo que importa á este propósito es dejar bien establecida la certidumbre de estos hechos sobrenaturales, de manera que se conozca qué milagros propiamente dichos confirmaron la mision divina de Moises. Esta cuestion envuelve tres cuestiones diversas. ¿Merecen crédito las narraciones de estos portentos, que se nos refieren en los libros de Moises? ¿En caso de merecer crédito, pueden calificarse de verdaderos milagros? ¿Y si lo son en efecto, dan un testimonio irrecusable á la mision divina del hombre que los verificó á nombre de Dios?

La primera de estas cuestiones está resuelta mui de antemano; pues demostrada la autenticidad, verdad é integridad del Pentateuco, estamos en el caso de suscribir sin réplica á cuanto en él se contiene, y por tanto, á creer que pasaron efectivamente los hechos extraordinarios que allí se mencionan. El pueblo todo se presenta á dar testimonio de su existencia, y nada falta de cuanto puede apetecerse para dejar sólidamente fija la certidumbre de los hechos. El hombre

que discurre sobre la religion con el espíritu dudoso que caracteriza á los incrédulos, siempre se muestra descontentadizo al escuchar los argumentos incontestables de su verdad. “No le persuaden, dice un célebre apologista del siglo XVII, “ las pruebas naturales, porque las pide extraordinarias; y “ si por ventura aun estas pueden ser cómodamente explicadas por la razon y reducidas á los caminos ordinarios, “ las desdeña como insuficientes, porque nada encuentra en ellas de maravilloso; si estas pruebas salen de semejante esfera y sobrepujan con mucho á todo poder natural, “ desconfía de ellas y no puede creerlas. Que escuche pues “ á los testigos, y que las escoja á su placer. Quiere que “ hayan estado estos presentes á todas las cosas; que hayan “ sido los ministros; que las hayan escrito por sí propios; que “ sus libros hayan sido colocados en los archivos públicos; “ que todo un pueblo salga por garante de su verdad; que “ los veneren como partes constitutivas de su religion; que “ hombres divinos é inspirados den testimonio de su exacta “ sinceridad, y hagan milagros á su turno, para probar la “ certidumbre de los primeros. Está bien: yo le concedo “ todas estas condiciones, porque las miro reunidas todas en “ los testigos que sufragan por la verdad de las Escrituras. “ Pero despues de esto le pregunto, si exige tanto así, para “ quedar seguro sobre la certidumbre de muchos hechos de “ que no se duda; y si no es el colmo de la injusticia y lo “ mas inexcusable el obstinarse todavía en dudar de lo que “ está probado por unos testigos que á los grados posibles “ de autoridad humana juntan el prodigioso incremento de “ la autoridad divina, hecha patente en sus milagros propios, “ tan ciertos y públicos como las cosas que ellos atestiguan”¹ Tales son las pruebas que hemos dado hasta aquí en apoyo de la autoridad histórica de los libros santos. Está probado que estos pertenecen á sus autores, que contienen la verdad en toda su pureza, y la han hecho llegar hasta nosotros sin alteracion alguna que pueda calificarse de sustancial. La cuestion presente está reducida por tanto á la calificacion de estos hechos, y á examinar el objeto inmediato á que pueden referirse. Ellos son unos verdaderos milagros; y en calidad de tales, prueban y confirman plenamente la mision divina de Moises: he aquí lo que vamos á demostrar.

¹ *Daguet*. Principes de la foi Chretienne. Second. part., Chap. III art. IV.

§. II.

Los hechos referidos son unos verdaderos milagros.

“Un milagro es una obra contraria al orden físico, y que por consiguiente no puede ser el efecto de las leyes del movimiento y de las propiedades de la materia, principios conservadores del orden físico.” Tal es la definicion que nos da de los milagros el célebre Duvoisin, y la mas á propósito para cerrar todos los recursos de que suele servirse la sofisteria incrédula contra el poder irresistible de la demostracion evangélica. Si pues el criterio natural nos basta para reconocer la existencia de un hecho de esta clase, claro es que puede elevarnos á la mas plena certidumbre sobre la existencia de los milagros. ¿Y qué se necesita para esto? dos cosas únicamente: primera, sentidos que nos hagan presenciar el fenómeno; segunda, conocimiento de las leyes naturales. A la vista de un fenómeno cualquiera, y de las leyes que gobiernan el orden físico, puede saberse desde luego si este fenómeno es conforme ó contrario á estas leyes; y por consiguiente, si debe reputarse ó no como un milagro. Hemos dicho en primer lugar, que la primera condicion exigida para el conocimiento de un milagro, consiste en la existencia y uso de los sentidos, verdad que no necesita prueba. Sea cual fuere el carácter y origen de los milagros, es un hecho constante y reconocido por todo el mundo, que cuanto lleva este nombre pertenece al mundo físico y cae bajo la inspeccion de los sentidos. Si es divino ó es humano el poder que multiplica los panes y los peces, el que contiene súbitamente la marcha del sol ó de la tierra, el que resucita un muerto, el que hace ver á un ciego de nacimiento con solo decirle “*crece y ve*” &c. &c., nada importa en la cuestion presente: lo que importa es saber, si supuesto el hecho, los sentidos pueden dar testimonio de él, como de cualquiera otra cosa; si les es tan fácil presenciar la podredumbre del sepulcro convertida otra vez en el vigor de la vida, como el movimiento y la accion de la existencia descender á la inalterable quietud y destruccion absoluta de la muerte, si se necesita de un sentido más, para ver un pan convertido en muchos, que para verle solo; si es necesario para ver suspensa la carrera del sol, un órgano distinto del que basta para enterarse de su constante y perpetuo movimiento. No nos cansemos, el criterio de los sentidos nos eleva á la certidumbre

de todos los fenómenos físicos, sea cual fuere la fuerza productora que los haga aparecer. Pasemos adelante.

El segundo requisito consiste en el conocimiento de estas leyes, pues bastan sin duda las mas sencillas nociones acerca de ellas, para conocer si el fenómeno de que nos hayan dado testimonio los sentidos, debe reputarse por milagroso, ó ser contado entre los hechos meramente naturales. En efecto, no puede conocerse una cosa, sin descubrir al instante lo que la es contrario. Podrá mantenerse oscuro por mas ó ménos tiempo un fenómeno que se halla colocado en diversa línea, una causa encubierta que no haga todavía sus revelaciones al genio de la física; pero un objeto contradictorio, jamas. Así como la sombra sigue al cuerpo cuando los rayos de alguna luz bañan cualquiera de sus superficies, así tambien los objetos que están expuestos á la luz de la razon, no podian confundirse jamas con sus respectivos objetos contradictorios, porque son, digámoslo así, como sus sombras respectivas.

En vano se ha querido confundir la sorpresa de algunos descubrimientos científicos que suelen aparecer sin revelar su causa, con lo que llamamos milagro. Ninguno de estos descubrimientos presenta oposicion con las leyes de la naturaleza; los milagros sí la presentan. Ninguno de los fenómenos naturales deja de reproducirse al arbitrio del sabio, desde el momento en que se analiza: ¿cuál de los milagros ha obedecido jamas al *fiat* que pronuncian el talento y la sabiduría humana? Los fenómenos naturales se siguen observando y reproduciendo sin que llegue á descubrirse su causa; los hechos milagrosos, siempre raros, presentan desde luego su oposicion, sin necesidad de que se reproduzcan. ¿Y por qué presentan desde luego su oposicion? Porque no necesitan para descubrirla, sino el conocimiento prévio de las leyes naturales. “Los brillantes fenómenos de la electricidad, dice Duvoisin, á pesar de su novedad misma, no pueden ser milagros, sino para los ignorantes; porque el observador que los advierte, no puede, sin embargo de su impotencia para descubrir la causa, dudar que esta existe en la naturaleza. Mas por muchos descubrimientos que se hagan en las ciencias físicas, la súbita curacion de todo género de enfermedades, la resurreccion de un muerto, serán siempre milagros, porque entre estos fenómenos y las leyes conocidas de la naturaleza se percibe desde luego una directa oposicion.”¹

1. Demonstration evangelique. §. I. Notions sur les miracles.

Ahora bien, supuesta la idea que acabamos de dar, ¿los hechos maravillosos de que se trata son verdaderos milagros? Una vara convertida en serpiente; un torrente de agua convertido en sangre, un piélago profundo súbitamente dividido sin otros medios que la simple aplicacion de una vara sobre sus ondas, durante el tiempo necesario para que pasara el pueblo favorecido; y vuelto á su estado natural, para hacer perecer en sus abismos al ejército perseguidor; la muerte de los primogénitos á una misma hora dada, segun se habia predicho; el pueblo todo repentinamente cubierto de asquerosas úlceras al instantáneo impulso de la voluntad de un hombre: he aquí una serie de fenómenos que podrán mantener por todos los siglos y en continuo movimiento la cavilosidad de los naturalistas incrédulos, pero nunca ser explicados por las leyes de la naturaleza, ni ménos puesto á nivel con las posibilidades que tiene de su parte así el ingenio como la fuerza de los hombres. Si una combinacion química puede cambiar el aspecto de un líquido puro, contenido en las paredes de un vaso, no vemos cómo semejante trasformacion pudiera verificarse, al simple contacto de una vara, en una caudalosa corriente. Reflexiónese que mientras las partículas componentes del agua reducidas á cierto número y sujetas dentro de ciertos límites se prestan con facilidad á cualquiera de sus varias combinaciones; es tan imposible en el órden físico que semejante fenómeno se repita en una fugitiva y rápida corriente, como lo es el hacer trascendental á otro vaso de agua, que no se ha sujetado á ninguna operacion, un cambio que no se haya podido verificar en otro, sino por el contacto directo de los agentes químicos. Aun cuando se admitiese pues el *mentis* de los naturalistas incrédulos con relacion á la sangre en que la agua fué convertida, nada conseguirian ellos con esto, aun tratándose del simple cambio de color, cuya rápida aparicion al simple contacto de una vara nunca dejaria de presentar la mas diametral oposicion con las leyes del órden físico.

Es una lei de la misma naturaleza y del propio género, el que un líquido cualquiera tiende por su esencia á ponerse á nivel, y se derrama por todas partes donde se le franquea el paso, y no se llega á detener sino por la oposicion continuada de una fuerza que triunfe de su extrema movilidad. ¿Y podremos reconocer una fuerza semejante en el paso del mar Rojo, verificado á tierra seca por entre dos paredes de agua? Es preciso convenir en que una pequeña vara, aplicada sobre su superficie no era dique para contener las on-

das en semejante actitud, ni menos todavía para que se mantuviesen suspensas, aun después de vuelta la vara á las manos de Moises. ¿Y por qué lei de la naturaleza este fenómeno duró el tiempo necesario para que pasasen los israelitas, y desapareció cuando ya el ejército de Faraon estaba sumergido en el seno del mar? Dígase cuanto se quiera; obras de esta naturaleza son directamente contrarias al orden físico, y llevan delante de sí las señales visibles de un poder sobrenatural.

Pero si la corta duracion relativa de estos fenómenos alarma todavía la delicadeza del escepticismo filosófico, vean sus partidarios lo que pueden contestar á esos milagros del desierto, verificados constantemente durante el curso de cuarenta años. Todas las mañanas, excepto el sábado, aparecía la tierra cubierta de maná. Cuando este alimento se conservaba de un día para otro, amanecía podrido y lleno de gusanos; corrupción que no presentaba en el día sábado, en que el pueblo se hallaba en el caso de alimentarse con el que habia caído el precedente día. Este alimento dejó de caer desde que los israelitas comieron ya los frutos de Canaan; en términos de que de entonces á adelante no volvieron aquellos á ver caer el maná del cielo. “¿Y puede atribuirse á una causa natural, dice el célebre Malebranche, esta lluvia ó este rocío, que no cayó sino durante un periodo de cuarenta años; que cesaba de caer todos los sábados, y que no podía ser guardado sin corromperse, sino precisamente los sábados? Qué, ¿el aire y el sol del sábado es diferente del de los otros días? ¿Se dirá que la primera comida que hicieron los israelitas en la tierra de Canaan, cambió la faz del cielo y la situación de los astros que hacían llover el maná? ¿No es evidente, por tales circunstancias, que esta lluvia no era natural?”¹ Nos haríamos interminables, si pretendiésemos analizar uno por uno los milagros todos que se refieren en el Antiguo Testamento, así con relacion á Moises, como respecto de Josué, de Elías, de Isaías, &c. Basta explicar los unos, para dejar en cierto modo comprobados los otros; porque todo se halla de tal suerte ligado en la Escritura, que nos vemos en la alternativa de admitirlo todo, ó de desecharlo todo.

Pero ¿cómo es, preguntan algunos incrédulos, que unos prodigios tan estupendos, que ponían en cierto modo á la Divinidad en contacto con los israelitas, no fueron parte á contener á este pueblo en el torbellino de sus pasiones, en el

flujo y reflujo de sus vicios, en sus tendencias á la idolatría? ¿Extraña objeccion por cierto! ¿Qué responder á ella? Oigamos al sabio Guenée: “¿Por qué razon, dice, la vista de algunos milagros habia de obrar en los hebreos lo que no obran en vuestros críticos ni las maravillas de que son testigos todos los días, ni el grande espectáculo de la naturaleza, mas admirable y mas imponente á los ojos de los sabios, que un mar abierto formando dos muros, que el agua manando de las rocas, y el Sinaí retumbando con el sonido de la trompeta y el ruido de los truenos? Entren esos escritores dentro de sí mismos, y preguntense si sus deseos han sido siempre puros y sus acciones inocentes. No: ni los milagros mas estupendos, ni las maravillas mas grandes fijan invariablemente al hombre en el bien. Todo depende de las disposiciones en que se hallan los que los miran. . . . Los prodigios obrados en favor de nuestros padres y á su vista, haciendo mas criminales sus prevaricaciones, no las hacian por esto imposibles, ni superiores á nuestra inteligencia. Los milagros, lo mismo que las maravillas de la naturaleza, no subyugan la voluntad; y no por haberlos visto, y ni aun por haberlos hecho, se deja de ser hombre, es decir, débil y pecador.”¹

Estas observaciones nos conducen naturalmente á reconocer, que un milagro propiamente dicho traspasa con mucho los límites de la inteligencia y del poder humano; y con mas razon los de los otros seres que son inferiores al hombre. ¿Y se infiere de aquí que precisamente sea Dios la causa eficiente de los milagros? Algunos lo han entendido así; pero el hecho es, dicen algunos, que siendo una verdad constante en las Escrituras, que hai entre Dios y el hombre algunas inteligencias, cuya naturaleza es de un orden superior á la de nuestro espíritu, claro es, que para atribuir á Dios indispensablemente un milagro, no es bastante probar que el hombre no puede hacer este género de obras. Seria necesario circunscribir á nuestra cuestion el análisis del poder de esas inteligencias, para concluir de aquí si Dios es ó no la causa eficiente de los milagros. Tambien sabemos por las Escrituras que hai ángeles buenos y ángeles malos: si pues estas naturalezas son capaces de producir obras tan maravillosas, la simple existencia de ellas parece conducir poco á reconocer la divinidad de una mision. ¿Qué responderemos á esta objeccion? Fácil, muy fácil nos seria fijar aquí cierto número de caracteres, apoyados en el dogma y

¹ Conversations chrétiennes. Entretien VI.

¹ Guenée. Cartas de unos judíos. Carta VI.

en la historia, para convencer plenamente que pueden distinguirse sin dificultad ninguna todas estas obras estupendas, y reconocerse, á la vista de ellas, sin temor de equivocarse, la causa determinativa que las ha producido; ¹ pero cediendo á la brevedad que exige la naturaleza de nuestra obra,

1 Nada mas fácil que eternizar las cuestiones, cuando se procede á ellas sin fijar los términos y definir perfectamente los puntos controvertidos. Fija ya la noción de milagro, establecidos sus caracteres y señaladas sus relaciones, es preciso convenir en que su causa eficiente no puede hallarse fuera de Dios. Podrán las inteligencias superiores verificar obras estupendas para el hombre, cuyos recursos son mas limitados; pero nunca intervenir, sin expresa y particular mision del Altísimo, en toda su economía general, el sistema de las leyes que gobiernan el universo. Dentro de este magnífico sistema, y con subordinacion á él, hai sin duda una escala de accion, en que se distribuyen y colocan, segun la medida de su respectivo poder, los agentes físicos, los agentes racionales de la tierra, y todas las inteligencias criadas del cielo. Pero sobre todo el conjunto de este sistema no hai evidentemente mas fuerza, mas poder, ni mas soberanía, que la voluntad de su Autor. Para el bruto es sin duda sobrenatural é imposible físico, lo que para el hombre viene á ser mas fácil: para este á su turno tendrá el mismo carácter mucho de lo que puede hacer un ángel; mas no por esto reúne por su propia naturaleza ninguno de estos seres un poder bastante á derogar de hecho las leyes generales del universo, pues entenderlo así, seria en buena metafísica uno de los mas crasos absurdos y de los mas enormes contraprinicipios en que pudiera incurrirse. "Dios, dice Liebermann, todo lo tiene bajo su dependencia; todo lo rige y arregla por su prudencia; y así como nada puede suceder fortuitamente ó por casualidad, así tampoco está en el caso de entregar al espíritu inmundo las riendas de su imperio. En efecto, ¿dónde estaria la santidad, la verdad, la justicia, la voluntad perfectísima de su Ser, si pudiesen tener parte alguna en la administracion del mundo unos ángeles malos, que no se servirían de este poder sino para la ruina de los hombres?" * Digase pues en buena hora que estos, en virtud de su naturaleza, pueden hacer algunas maravillas superiores al hombre; pero nunca verdaderos milagros: porque no pudiendo verificarse sino con dispensacion ó suspension de las leyes generales, y con subordinacion á la verdad religiosa y moral, nunca pueden ser el efecto sino de la causa primitiva, ya obre esta por sí, ya por el ministerio de los ángeles buenos, mediante una especial comunicacion de su poder infinito. El mismo Jesucristo resolvió en dos palabras esta cuestion, y nos dió el mas infalible criterio para calificar los verdaderos milagros y su origen, cuando increpado de que hacia cosas estupendas en nombre de Belzebú, contestó que todo reino dividido seria desolado; dándonos á entender con esto, que ningun prodigio encaminado al bien

* Institutiones theologicæ.

dirémos alguna cosa mas clara, mas decisiva y mas universalmente accesible sobre este punto. "Como quiera que sea, importa poco, dice Leclerc, saber si es Dios inmediatamente quien hace un milagro, ó si es un ángel bueno: porque es constante, que los ángeles buenos no hacen cosa alguna que no sea conforme á la voluntad de Dios, ó que no sea aun una ejecucion de sus órdenes. Sea pues que Dios obre por sí mismo, sea que lo haga por el ministerio de un ángel, todo viene á ser lo mismo con respecto á nosotros; pues que no vemos la causa que obra, ni la manera con que obra." Lo que importa saber es, si es un ángel bueno ó un ángel malo quien ha hecho el milagro; y contrayendo por tanto la cuestion á este exámen, debemos comenzar estableciendo un principio que debe fijarlo. "Siendo la verdad siempre la misma, no se contra dice jamas. Los milagros, pues, de Dios y de los buenos ángeles deben siempre dirigirse á confirmar ó establecer doctrinas conformes á las verdades reconocidas por la revelacion ó por la razon, siendo como es cierto que Dios y los buenos ángeles aman siempre la verdad. Al contrario, si se advierte que un milagro se dirige á confirmar ó establecer una cosa contraria á una verdad cierta, puede sostenerse con seguridad, que tal milagro es la obra de un poder opuesto al de Dios y al de los buenos ángeles." ¹ Conforme á este principio debemos examinar los milagros de Moises; pero este es el objeto del párrafo siguiente.

§. III.

Los milagros de Moises prueban la divinidad de su mision.

La primera prueba que de esto se nos presenta, puede tomarse de la misma narracion de los hechos contenidos en el Pentateuco, de la doctrina y de la perfeccion de la lei. Reflexiónese que si hubiéramos de atenernos, en la cuestion presente, á los recursos que nos suministra nuestra propia razon, poco ó nada podríamos adelantar en el exámen de lo

podia venir de otra parte que de Dios; pues de otro modo seria necesario suponer el absurdo de que el príncipe de las tinieblas, á quien él combatia con sus milagros, obraba maravillas que por sus resultados naturales tendian á la destruccion de su reino.

¹ Leclerc. *De l'incrédulité. Lettre second.* Estas dos cartas corren como un apéndice en la edicion de las *Demostraciones evangélicas*. T. 6. pág. 94. (Paris 1843.)

que pueden ó no esas otras inteligencias que no pertenecen al mundo que habitamos. Su existencia misma está fuera del círculo de nuestras deducciones; y es preciso recurrir á la fe, apoyada en los motivos evidentes de credibilidad, para saber, que despues de Dios hai inteligencias superiores al hombre, y que las unas le sirven para el bien y las otras tienden á precipitarle en el mal. ¿Y dónde hallamos consignadas estas verdades? En los mismos libros que refieren los milagros de que se trata. Hemos probado que estos libros son auténticos, que son verdaderos y que han llegado hasta nosotros sin mezcla ninguna ni alteracion sustancial. ¿No sería pues una inconsecuencia positiva reconocer en ellos semejantes cualidades, y negar al mismo tiempo el asenso á sus instrucciones cuando nos hablan del origen y objeto de sus milagros? Mas por desgracia, de aquí mismo han tomado los incrédulos pretextos especiosos para sus dudas aparentes; y arrojando las tinieblas y la confusion sobre lo que parece mas claro, se han empeñado en desvirtuar la fuerza confirmativa que tienen en sí propios estos verdaderos títulos de la creencia universal, que deben estimarse como otras tantas garantías irrecusables de la verdad de la religion. Pero basta una reflexion mui sencilla, para concebir que estos malignos vapores, digámoslo así, no son parte á encubrir la eterna claridad que resplandece en nuestros libros santos. Estos milagros fueron dirigidos todos, como se lee en las mismas páginas del Pentateuco, los unos á confirmar la mision del caudillo en favor de la libertad de los israelitas, y los otros á mostrar el origen divino de una lei que se comunicó en las cumbres de Sinaí. El primer hecho nos presenta un término de oposicion tan marcado, entre Faraon y Moises, que nos es imposible desconocer en los milagros del primero el origen divino que en sí tienen. El segundo hecho llama nuestra atencion hácia unos preceptos cuyo conjunto ha subyugado la veneracion de los siglos, por la eterna verdad y justicia que en ellos resplandecen. Luego lo mismo que se refiere en los libros que cuentan estos milagros, nos da el mas irrecusable y pleno testimonio de su divinidad.

Consideremos á Faraon y á Moises: el primero, gefe de un pueblo idólatra; el segundo, gefe de un pueblo que adoraba al único verdadero Dios: el primero, cruelmente obstinado en mantener la esclavitud de los israelitas; el segundo, sosteniendo los fueros de la inocencia y abogando por la libertad de su nacion: el primero, sacrificando el Estado al capricho de su crueldad; el segundo, exhortando á este á

que hiciese la voluntad de Dios, en óbvio de las terribles plagas con que le amenazaba sin cesar: el primero, desarrollando el poder de sus magos, para desconcertar el de Moises; el segundo, destruyendo instantáneamente con su vara todo el efecto de las mágicas maravillas: el primero, sufriendo sin recurso, y á pesar de sus dioses, los castigos con que se le intimidaba; el segundo, desplegando un poder destructor sobre sus injustos enemigos, sin que su pueblo experimentase la lesion mas ligera: Moises pasa el mar Rojo, que aparta sus aguas para formarle un camino; Faraon queda hundido con todo el imponente aparato de su persecucion, con todo su ejército, en los profundos senos de las aguas. ¿Por qué lado pues hallarémos la verdad y la justicia? Dejemos charlar á su gusto á los incrédulos, para decir, con toda la seguridad que inspira la propia conviccion, que no podemos buscarlas en el pueblo que perece, sino en el pueblo que sobrevive; no en el pueblo que sucumbe, sino en el pueblo que triunfa; no en el ridículo poder de los mágicos, sino en el poder irresistible del caudillo protector; no en el politeismo de los egipcios, sino en el uniteismo de los israelitas; no en los errores y vicios de Faraon, sino en las doctrinas y virtudes de Moises.

¿Qué diremos del segundo hecho? “Si la revelacion que encierran estas páginas, dice un célebre escritor, está señalada en todas sus partes con los caracteres de una moralidad pura é invariable; si desde el principio hasta el fin se ve reinar un tono sostenido y constante de santidad..... no podrémos menos de aceptar todos los caracteres morales de que está lleno el libro que la contiene, como otros tantos garantas de que esta revelacion viene de Dios.”¹ Este es precisamente nuestro caso. Hemos demostrado en otro lugar la excelencia de esta lei, y adelante hablaremos de ella: su simple inspeccion basta para comprender que nada es mas verdadero y justo, nada mas noble y elevado, nada mas augusto y santo, que una lei que nos manda amar á Dios sobre todo, al hombre como á nosotros mismos; vivir de las virtudes, santificar las conexiones de la naturaleza, &c. &c. Si pues los milagros de Moises se dirigen tambien á probar su mision, como legislador de los judíos y promulgador del Decálogo, debemos reconocer evidentemente que tales milagros no pueden venir de otro principio que de Dios.

¹ Chalmers. Preuves miraculeuses et internes de la révelation chrétienne. Lib. sixiém, Chap. VIII.

CAPITULO II.

Testimonios que dió Moises á la divinidad de su mision con algunos sucesos de su vida.

Un hombre que continuamente se agita por llenar sus deberes, sin perdonar ningun género de sacrificio; que siempre se muestra inclinado á los intereses de la virtud, é inflexible castigador del vicio; que conduce á su pueblo por entre las situaciones mas críticas que superan al poder humano, á los destinos que Dios le tenia señalados; que no obra sino en nombre de Dios y segun las inspiraciones de su voluntad soberana; que nunca se deja fascinar del brillo del poder, para consultar á sus intereses individuales, al capricho de sus pasiones, ó al hábito de los deleites; que salva los principios tutelares de la religion y la sociedad en un pueblo ignorante, versátil é inclinado á la idolatría; que mantiene intacto el culto del verdadero Dios entre una infinidad de naciones idólatras, entre pueblos gentiles, entre los horrores del politeismo: un hombre de esta clase, repetimos, da en su persona y conducta una grande seguridad en favor de sus doctrinas y de sus obras, cuando profiere las unas y practica las otras en testimonio de la mision que ha recibido del mismo Dios. Tal era Moises: hemos hablado ya de su sinceridad y virtud; y en lugar de extendernos aquí recorriendo por menor el cuadro de su vida pública y privada, tocarémos dos circunstancias de ella, como otros tantos argumentos que apoyan la divinidad de su mision. La primera de estas es su carácter de profeta, y la segunda el testimonio que dieron á esta misma mision los personajes santos que le sucedieron.

Al ver á Moises anunciar sucesos contingentes, seguidos de su mas puntual cumplimiento, sin duda alguna que no podemos desconocer la particular inspiracion de Dios que le gobierna; pues la cuestion de los milagros, que tan fácilmente complica el ingenio sofista de los incrédulos, no facilita sus recursos y pretextos contra la prueba concluyente de las profecías. “Nadie, fuera de Dios, dice un juicioso apologista, puede profetizar, poniendo su palabra en la boca de los profetas; porque ninguno sino él posee ese ilimitado conocimiento que hiende al través de los futuros siglos; y como se ha demostrado ya que su palabra es siempre verdadera, ¹ nada puede convencerlos mas de una verdad, que el

1 Véase el cap. III, lib. 2.º de esta obra.

verla cumplida despues de haber sido profetizada, puesto que la palabra profética viene seguramente de Dios.”¹ “El demonio puede contrahacer los milagros, dice Leibnitz; pero hai una especie de milagro que no es capaz de imitar: este es la profecía; porque si una persona puede decirme muchas particularidades verdaderas acerca de los acontecimientos generales que pueden suceder, por ejemplo, de aquí á un año, yo tendré por cierto que está iluminada por Dios; porque á cualquiera ser, que no sea Dios, es imposible ver el encadenamiento general de las causas que deben concurrir á la produccion de las cosas contingentes.”² Veamos pues ahora algunas de las dichas predicciones que hizo Moises.

Desde luego se nos presenta el terrible anuncio de una guerra duradera, de generacion á generacion, que habia de mover el Señor contra Amalec;³ profecía que se cumplió á la letra, parte por los esfuerzos de Saul y de Samuel, quienes al cabo de cuarenta años concluyeron esta guerra con la muerte del rei Agag, á quien Saul habia perdonado,⁴ y parte por la agresion de los quiniemos hombres de la tribu de Simeon, los cuales destruyeron en el monte Seir hasta los últimos restos de los amalecitas que habian podido escapar.⁵ En otra ocasion, y á tiempo que los israelitas, en extremo aterrorizados por lo que habian oido decir á los exploradores de la tierra, manifestaron serles preferible la muerte en el desierto al inevitable riesgo de perecer á cuchillo en la tierra prometida; les anunció Moises que, á excepcion de Josué y Caleb, perecerian en el desierto cuantos á su salida de Egipto eran mayores de veinte años.⁶ Todos perecieron ántes de tocar la tierra de Canaan. Profetizó tambien en el Deuteronomio, protestando á su pueblo, que con el trascurso de los tiempos habia de suscitar el Señor un profeta como él:⁷ á su tiempo verémos cumplida esta profecía en la persona de Jesucristo. Profetizó tambien, en el capítulo XXVIII del mismo libro, anunciando con tanta anticipacion como

1 Choiseul. Memoires contre les athées, les déistes, et les libertins. Mem. I, §. XII.

2 Extraits des lettres de la collection de Feder. (T. 4.º, pág. 1132 de las Demostraciones Evangélicas de la ed. de Paris de 1843.)

3 Exod. cap. XVII, v. 16.

4 I Reg. cap. XV, v. 33.

5 I Paralip. cap. IV, v. 43.

6 Núm. Cap. XIV.

7 Cap. XVIII.

verdad los males todos que habria de sufrir el pueblo en justo castigo de su obstinacion contra la lei. Coré, Datan y Abiron, empeñados en apartar al pueblo del servicio de Dios, se declaran cándidos de una rebelion: Moises, entre tanto, instruido por inspiracion divina del terrible golpe que va á descargar el cielo contra ellos, manda al pueblo que se aparte de esos hombres, para que no corra la desastrosa suerte que se les espera; y no bien se ejecutan sus órdenes, cuando el pueblo ve, lleno de pasmo y de terror, que la tierra se abre bajo los piés de aquellos tres impíos, y les absorbe para siempre en sus abismos.¹

“ Pero cuando Moises no hubiese dado señales tan sensibles de la divinidad de su mision, dice Pontbriand, basta ba sin duda, para convencernos de ella, el concertado y sostenido testimonio de los Profetas. Dios, que ha querido que sus libros sirviesen de fundamento á la religion en los siglos venideros, los ha autorizado por hombres que tambien han sido inspirados. No hai cosa mas gloriosa para el santo Legislador, que los rasgos con que los sagrados escritores le dan á conocer. Josué, que tambien ha obrado prodigios, nos habla de los de Moises, y testifica que la lei que él ha dado es toda divina. David refiere con una ingenuidad sin igual sus hechos milagrosos, como una tradicion constante entre su pueblo, y los trasmite en sus cánticos á la posteridad, como él los ha recibido; y el testimonio del santo rei es tanto mas decisivo, cuanto que él mismo tambien es profeta. Isaías nos le presenta con Dios, y nos instruye del modo con que los israelitas pasaron el mar Rojo á pié enjuto. Las expresiones de que se sirve para descubrirnos este tránsito milagroso, son las mas sublimes. “ Dios, dice, les conducia, llevando á Moises por la diestra con el brazo de su Majestad, y rasgó las aguas delante de ellos, para adquirirse un nombre sempiterno.”²

“ Podria formarse un volumen de todo lo que los profetas han dicho en alabanza del legislador de los judíos: todos hablan de él como de un hombre inspirado de Dios, y recomiendan al pueblo la fidelidad á sus leyes: por eso Malaquías concluye sus predicciones así: “ Acórdáos, dice, de la lei de Moises mi siervo, á quien yo di mis mandamientos en Horeb para que llevase á todo el pueblo de Israel mis preceptos y mis órdenes.”

1 Núm. Cap. XVI, V. 33.

2 Is. cap. LXIII, V. 12. 3 Malaq. cap. IV, V. 4.

CAPITULO III.

LA LEGISLACION DE MOISES CONSIDERADA COMO PRUEBA DE LA DIVINIDAD DE SU MISION.

Efecto propio es de la verdad salir triunfante en todas las pruebas, y arrojar nuevas luces á medida que se van recorriendo todos sus aspectos. Moises obtuvo una mision divina cerca de su pueblo: he aquí la verdad de que se trata; verdad á la cual dan un solemne sufragio, Dios, la naturaleza, los hombres; verdad que resplandece en todas las investigaciones que se hacen sobre los libros santos, en todas las instituciones del pueblo judío, en la concordia de las dos grandes épocas históricas que hacen la primera particion de la cronología. Hemos visto cómo la autenticidad, verdad é integridad del Antiguo Testamento producen la mas plena conviccion acerca de la divinidad de sus libros: hemos visto que las obras sobrenaturales que practicó Moises no pueden explicarse de otra suerte, que por la comunicacion inmediata de un poder sobrenatural á su persona, así como sus infalibles predicciones tampoco admiten otra inteligencia que la interna difusion de aquella luz divina que rápidamente ilumina el inmenso caos del porvenir; finalmente, que los atributos de Dios no podrian sostenerse, si admitiendo por una parte la verdadera causa de los milagros y de las profecías, rehusásemos por otra nuestro asenso á Moises, cuando al tiempo de practicar los primeros y proferir las segundas, nos dice terminantemente que es el enviado de Dios. La verdad de este anuncio, tan fielmente correspondido de la conducta moral, política y religiosa del legislador de los judíos, viene á recibir, digámoslo así, los últimos toques de luz en el inmenso campo de la doctrina que enseñó este personaje. Examínese, si no, todo este cuerpo de ciencia; sujétese á todas las pruebas esa maravillosa perfeccion que, como el sol en las tinieblas, resplandece por todas partes. La lei de Moises, situada, digámoslo así, entre la multitud innumerable de opiniones y de leyes que llenan la historia del paganismo, con nada puede compararse mejor, en efecto, que con el astro de los dias, entre una multitud inmensa de cuerpos opacos que no pueden jamas rivalizar con él. “ Pesad las legislaciones de los pueblos y de las naciones, dice un autor de esta época, y comparadlas con las leyes de un pueblo secuestrado, por decirlo así, del resto del mundo, dado al cultivo de sus tierras, oprimido á cada paso por